

Capacitador Sermones CGI



Sermones para febrero 2026

Sermón del 1 de febrero de 2026

1

Sermón del 8 de febrero de 2026

17

Sermón del 15 de febrero de 2026

32

Sermón del 22 de febrero de 2026

45

Sermón del 1 de febrero de 2026 — Cuarto domingo después de Epifanía

[INICIO](#)

Recordatorio: El *Leccionario Común Revisado* nos lleva por la lectura de toda la Biblia en tres años. El siguiente párrafo de reflexión tiene como objetivo mostrar cómo se conectan las cuatro selecciones del *Leccionario Común Revisado* para esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No está previsto que se incluya en el sermón.

Reflexión: El Salmo 15 nos coloca frente a una pregunta esencial: ¿quién puede habitar en la presencia de Dios? El salmista responde describiendo una vida íntegra, justa y fiel, un retrato tan hermoso como inalcanzable cuando lo examinamos con honestidad. Al leernos en ese espejo, descubrimos que no somos ese “quién”.

Sin embargo, la Escritura no nos deja en la exclusión, sino que nos conduce a Cristo, el único que encarna plenamente lo que el salmo exige.

Jesús es la respuesta viva al Salmo 15, Él permanece en la presencia del Padre y, por gracia, nos lleva con Él. Así, la pregunta que parecía cerrarnos el paso se convierte en una invitación, no basada en nuestro mérito, sino en su amor, para permanecer firmes y gozosos en la presencia de Dios.

[Miqueas 6:1-8](#) • [Salmo 15:1-5](#) • [1 Corintios 1:18-31](#) • [Mateo 5:1-12](#)

Este domingo, continuamos en el tiempo de Epifanía, un momento en el que Jesús se revela no solo en gloria, sino con una gracia sorprendente. Nuestro tema esta semana es **señalar hacia el camino de la cruz**. El profeta Miqueas hace eco del antiguo llamado de Dios a su pueblo. Dios nos llama no a una religión vacía ni un ritual imponente, sino a una vida de justicia, bondad y humildad con Dios. El salmista describe al tipo de persona que puede morar con Dios: alguien que dice la verdad, protege a los vulnerables y actúa con integridad. Pablo recuerda a la Iglesia de Corinto que Dios revela su poder, no a través de la sabiduría o la fuerza mundanas. Más bien, Dios revela su poder a través de la locura de la cruz, donde Cristo se humilló para traer la salvación. Y en el Evangelio de Mateo, Jesús comienza el Sermón del Monte proclamando bendiciones. Estas bendiciones no son para los poderosos, sino para los pobres de espíritu, los que lloran, los mansos y los que buscan la paz. Estas lecturas nos desafían a reconsiderar cómo es la verdadera grandeza. Dios

nos llama a vivir nuestra fe de una manera que refleje el amor contracultural y cruciforme de Cristo en el mundo.

Señalando hacia el Camino a la Cruz (Vía Crucis)

1 Corintios 1:18–31 NVI

(Lee o pídele a alguien que lea el pasaje del sermón).

18 Me explico: El mensaje de la cruz es una locura para los que se pierden; en cambio, para los que se salvan, es decir, para nosotros, este mensaje es el poder de Dios. 19 Pues está escrito: «Destruiré la sabiduría de los sabios; frustraré la inteligencia de los inteligentes». 20 ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el erudito? ¿Dónde el filósofo de esta época? ¿No ha convertido Dios en locura la sabiduría de este mundo? 21 Ya que Dios, en su sabio designio, dispuso que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana, tuvo a bien salvar, mediante la locura de la predicación, a los que creen. 22 Los judíos piden señales y los que no son judíos buscan sabiduría, 23 mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado. Este mensaje es motivo de tropiezo para los judíos y es locura para los no judíos, 24 pero para los que Dios ha llamado, sean judíos o no sean, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios. 25 Pues la locura de Dios es más sabia que la sabiduría humana y la debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza humana. 26 Hermanos, consideren su propio llamamiento: no muchos de ustedes son sabios, según criterios meramente humanos; tampoco son muchos los poderosos ni muchos los de noble cuna. 27 Pero Dios escogió lo tonto del mundo para avergonzar a los sabios, y escogió lo débil

del mundo para avergonzar a los poderosos. 28 También escogió Dios lo más bajo y despreciado, y lo que no es nada, para anular lo que es, 29 a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse. 30 Pero gracias a él ustedes están unidos en Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría, justificación, santificación y redención; 31 para que, como está escrito: «Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe en el Señor».

Introducción: Modas, fama y la búsqueda de la sabiduría

Cada generación tiene sus tendencias. Quizás recuerdes los pantalones de campana, el peinado estilo “Afro”, las plataformas, el heavy metal o los aerobics. Quizás recuerdes cuando todos pensábamos que la leche de avena o la de almendra salvarían al mundo, o últimamente el bicarbonato es la solución a todos los problemas de salud conocidos por la humanidad.

Las modas son divertidas porque son universales. Prometen el cambio que deseamos: mejor salud, mejor apariencia, mejor calidad de vida. Pero, como cualquier cosa nueva y atractiva, pasan de moda. Andy Warhol dijo que todos estos tendrían quince minutos de fama. Eso podría ser mucho tiempo en el mundo actual de videos virales de 10 segundos.

Ni siquiera la Iglesia es inmune a las tendencias. Nos entusiasman nuevos libros, nuevos estilos de adoración, nuevos movimientos, nuevas claves para el éxito. Algunas de estas cosas son buenas, otras son solo ruido. Pero bajo todas ellas yace el mismo impulso humano: queremos estar bien y vivir una buena vida. Queremos pertenecer. Queremos ser importantes.

El apóstol Pablo conocía bien ese impulso. La iglesia a la que escribía en Corinto estaba envuelta en su propio torbellino cultural. Corinto era una ciudad adicta a la inteligencia, la relevancia y la admiración.

Y en medio de ese torbellino, Pablo escribe sobre algo que parecía absurdo y poco popular. Escribe sobre un Dios crucificado.

El mensaje de la cruz es una locura para los que se pierden; en cambio, para los que se salvan, es decir, para nosotros, este mensaje es el poder de Dios. 1 Corintios 1:18 NVI



La ciudad de Corinto: donde todo era nuevo y nada perduraba

Para comprender la iglesia de Corinto, es necesario comprender la ciudad misma. Corinto era la definición de ciudad emergente. Reconstruida a partir de ruinas, prosperaba gracias al comercio y rebosaba de abundancia de dinero e inversiones. Era “Las Vegas” del mundo antiguo: un lugar de oportunidades, ambición y autopromoción.

Filósofos y emprendedores religiosos acudían en masa para difundir sus ideas. Uno podía saciarse con la nueva “sabiduría”

que fuera tendencia en esa temporada. Todos buscaban sonar profundos, parecer iluminados y conseguir seguidores. Podríamos llamarla la versión del primer siglo de las redes sociales. La gente cambiaba de opiniones constantemente, debatía sin parar, promocionaba su propia brillantez y preservaba su honor.

Así que, cuando Pablo predica a Cristo crucificado en esta ciudad de ganadores y gente que se esfuerza por alcanzar la cima, su mensaje suena a disparate. La crucifixión era la máxima señal del fracaso. Era la forma en que Roma decía: «Esta persona no importa».

Los corintios ansiaban éxito, sofisticación y estatus. Y Pablo les dio una cruz.

La locura de la cruz

Detengámonos y recordemos lo que realmente era la cruz. No era una joya. No era arte. Era la herramienta de ejecución estatal: pública, brutal, humillante. Estaba diseñada no solo para matar, sino para avergonzar. Nunca se hablaba de la cruz en público.

Y, sin embargo, Pablo no puede dejar de hablar de ello. Repetidamente, centra el evangelio no en los milagros ni las enseñanzas de Jesús, sino en la cruz.

¿Por qué? Porque la cruz es donde Dios revela quién es .

25 Pues la locura de Dios es más sabia que la sabiduría humana y la debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza humana.

Corintios 1:25 NVI

Esa frase lo pone todo patas arriba. Pablo no solo dice que Dios nos supera en inteligencia; dice que **el amor de Dios parece una locura para un mundo adicto al poder.**

Cuando miramos a Jesús en la cruz, vemos a un Dios que gana al perder, que gobierna sirviendo, que vence al morir. Esto no es una filosofía ingeniosa. No es una moda. Es una revelación.

La cruz no es nuestra idea de Dios; es **la autorrevelación de Dios**. Es lo que sucede cuando el amor divino penetra el pecado humano y se niega a tomar represalias o desquitarse. Es el amor de la Trinidad expuesto en la historia humana: el Padre enviando al Hijo, el Hijo ofreciéndose a sí mismo, el Espíritu sosteniéndolo en la obediencia.

En otras palabras: **la cruz es la imagen del Dios trino cuando salva al mundo.** (Por cierto, cuando usamos la palabra «trino» para describir a Dios, significa que consiste en tres en uno).

La iniciativa de Dios: El poder que surge de la debilidad

Pablo dice:

21 Ya que Dios, en su sabio designio, dispuso que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana, tuvo a bien salvar, mediante la locura de la predicación, a los que creen.

[1 Corintios 1:21 NVI](#)

Observemos el sujeto del verbo: Dios dispuso.

Es Dios quien decide. Dios salva. Dios elige. Dios actúa. El evangelio no es una nueva perspectiva humana. No es un plan de superación espiritual. Es Dios tomando la iniciativa para rescatarnos de los sistemas que hemos construido en torno al orgullo y el control.

En la cruz, Dios se niega a seguir nuestras reglas de éxito. Socava la lógica del imperio, la lógica de la dominación, la lógica del honor y la vergüenza, y la lógica de ganadores y perdedores. En Cristo, **el poder de Dios se manifiesta no aplastando a otros, sino sanando sus heridas.**

La Encarnación (el Hijo eterno, haciéndose hombre) alcanza su clímax en la cruz. Aquel que creó el universo se convierte en aquel que es crucificado por él. El Dios infinito decidió limitarse a amarnos desde nuestra fragilidad.

Por eso Pablo puede decir que «la debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza humana». Lo que parece una derrota es en realidad una victoria divina. Es un amor más fuerte que el odio, un perdón más fuerte que la violencia, una vida más fuerte que la muerte.

Señalando el Camino a la Cruz (Vía Crucis)

Entonces, ¿qué significa testificar o **señalar el camino a la cruz?**

Para Pablo, significa vivir como personas cuya identidad entera ha sido redefinida por el amor crucificado de Jesús.

En Corinto, todos intentaban ascender social, intelectual y religiosamente. Pero Pablo dice que Dios invierte la escalera:

27 Pero Dios escogió lo tonto del mundo para avergonzar a los sabios, y escogió lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos. 28 También escogió Dios lo más bajo y despreciado,

y lo que no es nada, para anular lo que es, 29 a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse. 1 Corintios 1:27-29 NVI

Cuando vivimos según el camino de la cruz, dejamos de jactarnos de nosotros mismos y comenzamos a jactarnos en Dios. Eso no significa que glorifiquemos el sufrimiento ni que idealicemos la debilidad. Significa que aprendemos a ver la presencia de Dios donde el mundo menos la espera: en los quebrantados, en lo cotidiano, en lo ignorado.

Señalar **el camino de la cruz** es dejar que nuestras vidas apunten al **amor que derrama la Trinidad**. El Padre da al Hijo; el Hijo se da a sí mismo; el Espíritu da vida y consuelo. Todo el movimiento de Dios es externo, sacrificial y relacional.

La Iglesia está llamada a reflejar ese mismo movimiento: no buscar el poder, sino servir; no dominar, sino amar; no escalar más alto, sino arrodillarse más bajo.

Cuando la cruz confronta nuestra cultura

Los corintios estaban fascinados por la sabiduría y la retórica, o los argumentos persuasivos. Querían un evangelio que impresionara a la gente.

Hoy en día, nuestra cultura no es muy diferente. Buscamos relevancia, popularidad e influencia. Medimos el éxito por números, alcance y "me gusta". Incluso en el ministerio, podemos caer en la trampa de pensar que cuanto más grande y más fuerte, mejor.

Pero la cruz susurra una palabra diferente. Dice: Eres amado, no porque tengas éxito, sino porque eres mío.

La cruz expone nuestros ídolos, no solo los obvios como la riqueza o la fama, sino también los más sutiles como la autosuficiencia, la razón humana, la astucia y el control. Nos pregunta: ¿Confiarás en la sabiduría de Dios incluso cuando parezca insensata?

Eso significa presenciar o **señalar el camino de la cruz**. Significa confiar en que la obra redentora de Dios está ocurriendo incluso cuando el mundo la considera un fracaso. Significa creer que el amor, y no el dominio, es el verdadero poder que sana la creación.

La Trinidad y la Cruz: El amor de Dios en movimiento

Retrocedamos un poco y veamos cómo la cruz revela al Dios trino.

- **El Padre** no es un juez airado que exige un pago. Es quien envía al Hijo por amor. «**Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único**» ([Juan 3:16](#)).
- **El Hijo** no es víctima de las circunstancias. Él voluntariamente asume nuestra condición, diciendo: «**Nadie me la arrebata, sino que yo la entrego por mi propia voluntad.**» ([Juan 10:18](#)).
- **El Espíritu** no está ausente. El Espíritu es quien capacita a Jesús para soportar el sufrimiento y quien lo resucita de entre los muertos; el mismo Espíritu se derrama sobre nosotros ([Romanos 8:11](#)).

En la cruz, el amor eterno que siempre ha existido en la vida de Dios irrumpió en el mundo. La Trinidad no es una teoría; es el corazón palpitante del evangelio.

Cuando hablamos del poder de Dios, hablamos de ese amor: el que arriesga todo para restablecer la comunión.

Así pues, el mensaje de la cruz no es solamente que Jesús murió, sino que **Dios mismo entró en nuestra oscuridad y la llenó de vida divina**.

La cruz y la Iglesia: una comunidad formada por la gracia

El problema de los corintios no era solo una mala teología, sino también una mala comunidad. Se dividían en facciones. «Yo sigo a Pablo», «Yo sigo a Apolos», «Yo sigo a Cefas». Cada grupo se creía superior.

¿La respuesta de Pablo? "¿Está dividido Cristo?"

La cruz desmantela nuestras jerarquías. Nos pone en igualdad de condiciones. **Nadie está por encima de otro porque todos estamos bajo la misma misericordia.**

En una cultura obsesionada con el estatus, la Iglesia está llamada a ser una comunidad de gracia. No una reunión de la élite, sino una comunidad de los perdonados.

Pablo les recuerda a ellos y a nosotros quiénes somos:
Hermanos, consideren su propio llamamiento: no muchos de ustedes son sabios, según criterios meramente humanos; tampoco son muchos los poderosos ni muchos los de noble cuna.
[1 Corintios 1:26 NVI](#)

No llegamos aquí por méritos. Llegamos aquí por gracia. Lo que pasa con confiar en los méritos es que podría caer en la tentación de creer que me he ganado todo lo bueno de la vida.

Así, cuando veo sufrimiento o desgracia en otros, podría caer en la tentación de creer que lo merecen.

La cruz configura un nuevo tipo de comunidad: un pueblo que encarna la humildad y la generosidad del Dios trino. Esto es lo que hace misional a la Iglesia: existimos no para llamar la atención, sino para revelar lo que Dios ha hecho y lo que está haciendo en Cristo.

La paradoja del poder

El mundo nos dice que el poder significa control, dominación y visibilidad. La cruz revela un poder diferente: el poder del amor que cede, sufre y transforma.

Cuando Pablo dice: «Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios», no está siendo metafórico (versículo 24). En la crucifixión de Jesús, se revela la verdadera naturaleza del poder divino.

Por eso Pablo puede decir: “El que se gloria, gloríese en el Señor”. Porque lo único de lo que vale la pena gloriarse es de lo que Dios ha hecho a través de la debilidad del amor exemplificada por la cruz.

En la Iglesia, cada acto de servicio, cada gesto de compasión, cada palabra de perdón es una pequeña participación en ese mismo poder. Nos convertimos en testigos de la cruz no al ganar discusiones, sino al vivir vidas cruciformes, vidas moldeadas por el amor abnegado de Cristo.

La cruz como el fin de la jactancia

En el corazón del argumento de Pablo está la destrucción de la jactancia en uno mismo.

La jactancia es lo que sucede cuando intentamos definirnos al margen de Dios. Es cuando creemos que nuestro valor depende de nuestros logros, conocimiento o moralidad. La cruz acaba con esa ilusión.

El Hijo de Dios cuelga allí despojado de todo aquello de lo que normalmente nos jactamos: estatus, fuerza, éxito. Y, sin embargo, en ese mismo despojo, la gloria de Dios brilla con más fuerza.

La Encarnación significa que Dios no es demasiado orgulloso como para entrar en nuestra fragilidad. La cruz significa que se niega a dejarnos allí.

Así que, cuando Pablo dice: «**El que se gloríe, gloríese en el Señor**», nos invita a la libertad. La cruz nos libera de la autopromoción y la autoprotección. La cruz declara: Ya eres amado sin medida.

Un testigo moderno

Pocas voces modernas ilustran esto mejor que **Henri Nouwen**. Sacerdote y profesor de renombre mundial que impartió clases en Harvard y Yale. Poseía todo lo que Corinto habría admirado: inteligencia, éxito y reconocimiento.

Y, sin embargo, ya mayor, dejó la academia para vivir en una comunidad de L'Arche, un hogar para adultos con discapacidades del desarrollo. Allí descubrió una sabiduría diferente: la sabiduría del amor.

Una vez escribió:

“Cuando llegué a L'Arche, mi vida era un cansancio absoluto. Pero Dios me dijo: «Te amo. Quiero abrazarte». Finalmente, Dios tuvo la oportunidad de abrazarme de verdad y de poner sus manos divinas sobre mi corazón a través de esta comunidad.”

En esa comunidad, a la gente no le importaban sus libros ni sus credenciales. Lo amaban simplemente como Henri. Y en esa sencillez, redescubrió el poder de la cruz: la locura del amor que no espera nada y lo da todo.

El llamado misional: dar testimonio de Cristo crucificado

Cuando Pablo dice: “Proclamamos a Cristo crucificado”, está describiendo la misión continua de la Iglesia.

Nuestra tarea no es impresionar al mundo con nuestra inteligencia ni nuestra relevancia. Nuestra tarea es dar testimonio: señalar al Dios que salva por el amor que sufre y redime.

Este testimonio toma muchas formas:

- Mostrar compasión donde otros muestran desprecio u odio
- Perdonar cuando otros toman represalias o buscan venganza
- Estar del lado de los vulnerables en lugar de ponerse del lado de los poderosos
- Ofrecer esperanza donde la desesperación tiene la última palabra.

Cada acto de amor cruciforme proclama el evangelio. Dar testimonio del camino de la cruz es vivir como si la resurrección fuera real, porque lo es.

Conclusión: Gloriémonos en el Señor

Pablo termina este pasaje señalándonos la fuente de todo. La fuente de tu vida está en:

Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría, justificación, santificación y redención. [1 Corintios 1:30 NVI](#)

Fíjense de nuevo: él es la fuente.

No diseñamos nuestra salvación. No la obtuvimos por razonamiento. La recibimos. En Jesucristo, Dios mismo se hizo nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención. Todo lo que importa ya nos ha sido dado.

La cruz no es una estrategia temporal; es el carácter eterno de Dios revelado.

Y así, Pablo termina con esta bendición de humildad y alegría:
“Si alguien ha de gloriarse, que se glorie en el Señor”

La invitación

El evangelio no es una moda más que se desvanecerá con la llegada de otra. Es la realidad perdurable de un Dios que se hizo humano, se apoderó de nuestro sufrimiento, cargó con nuestra vergüenza y la convirtió en gloria.

El camino de la cruz nunca estará de moda. Siempre le parecerá una locura al mundo. Pero para quienes han visto su poder, es la sabiduría de Dios.

Así que la invitación de hoy es sencilla:

Vengan y vean. Vengan y vean el poder del amor que se manifiesta como debilidad. Vengan y vean la sabiduría de Dios que confunde a los orgullosos.

Vengan y vean al Cristo crucificado:
el Cordero que quita el pecado del mundo,
el Hijo que revela el corazón del Padre,
el Espíritu que renueva todas las cosas.

Éste es el camino de la cruz,
el camino de la vida,
el camino de la paz,
el camino del Dios trino que ha elegido salvar al mundo a través
del amor.

Que la Iglesia de Jesús **nos muestre el camino de la cruz.**
Amén.

Preguntas para conversar en grupos pequeños

1. ¿Por qué el evangelio parece “locura” o “debilidad” en un mundo que valora el éxito, la fuerza y el estatus?
2. ¿Ver la cruz a través de la lente de la Trinidad cambia la manera en que comprendes lo que allí ocurrió?
3. ¿Qué significa para nosotros señalar el camino de la cruz en nuestras relaciones, lugares de trabajo o comunidad?
4. Dios eligió lo bajo y despreciado para avergonzar a los orgullosos y unir a su pueblo. ¿Cómo influye la cruz en nuestra manera de ver a los demás, especialmente a aquellos que el mundo ignora?

[INICIO](#)

Sermón del 8 de febrero de 2026 — Quinto domingo después de la Epifanía

Recordatorio: El *Leccionario Común Revisado* nos lleva por la lectura de toda la Biblia en tres años. El siguiente párrafo de reflexión tiene como objetivo mostrar cómo se conectan las cuatro selecciones del *Leccionario Común Revisado* para esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No está previsto que se incluya en el sermón.

Reflexión: La fe cristiana no se sostiene en palabras elocuentes, sino en una vida donde el amor de Dios se hace visible.

Como Pablo recuerda a los corintios, el evangelio no se anuncia con sabiduría humana ni discursos persuasivos, sino con la demostración del poder del Espíritu. Más que “decir bien”, somos llamados a vivir desde la obra ya lograda de Cristo, confiando no en nuestra capacidad para convencer, sino en la fidelidad de Dios que cumple todas sus promesas en Jesús.

Cuando dejamos de apoyarnos en palabras vacías y vivimos con autenticidad, nuestra vida se convierte en testimonio, y otros pueden encontrarse con el Reino no sólo a través de lo que decimos, sino de lo que el amor de Cristo hace en nosotros.

[Isaías 58:1-9a](#) • [Salmo 112:1-9](#) • [1 Cor. 2:1-12](#) • [Mateo 5:13-20](#)

Al continuar la época de Epifanía, nos centramos en la luz revelada de Cristo, que se refleja en nosotros. Nuestro tema de este domingo es **la sorprendente luz de la bondad de Dios**. La luz de Dios brilla a través de la justicia, la generosidad y una

vida llena de poder por el Espíritu. El profeta Isaías nos recuerda que la verdadera adoración no se trata solo de rituales. La verdadera adoración consiste en romper las ataduras de la injusticia, compartir el pan con los hambrientos y reparar lo que está roto. La verdadera adoración es la luz que brota como el amanecer cuando el Señor sana. El salmista describe a los justos como personas que se levantan en la oscuridad como la luz. Son misericordiosos, generosos y firmes. Pablo escribe a los corintios no con palabras altivas, sino con humildad y confianza en el Espíritu, para que la fe se base en el poder de Dios, no en la sabiduría humana. Y en el Evangelio de Mateo, Jesús llama a sus seguidores la sal de la tierra y la luz del mundo; no ocultos, sino visibles, que iluminan la bondad de Dios. Estas lecturas nos recuerdan que el mundo no necesita una actuación religiosa centrada solo en el interior. El mundo necesita ser guiado hacia la **sorpprendente luz de la bondad de Dios.**

La sorprendente luz de la bondad de Dios

Mateo 5:13-16 NVI

(Lee o pídele a alguien que lea el pasaje del sermón).

13 »Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal pierde su sabor, ¿cómo lo recobrará? Ya no sirve para nada, sino para que la gente la deseche y la pisotee. 14 »Ustedes son la luz del mundo. Una ciudad en lo alto de una montaña no puede esconderse. 15 Tampoco se enciende una lámpara para cubrirla con una vasija. Por el contrario, se pone en el candelero para que alumbe a todos los que están en la casa. 16 Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben a su Padre que está en los cielos.

Introducción: El regalo inesperado de la bondad

¿Alguna vez alguien te sorprendió con un pequeño gesto de amabilidad que te cambió el día por completo? Quizás un desconocido te pagó el café porque olvidaste la cartera. Quizás un amigo apareció en tu puerta justo cuando necesitabas compañía.

Una vez lo experimenté cuando... (puedes insertar aquí tu propia historia breve y personal: algo simple, auténtico y humano). No fue grandioso. No llegó a los titulares. Pero tuvo peso. Sentí que el mundo se había iluminado, aunque solo fuera por un instante.

La bondad hace eso. Abre una pequeña ventana a otra realidad: un atisbo de la bondad de Dios que brilla en la vida cotidiana.

Hablemos de la **sorprendente luz, de la bondad de Dios**.



El “efecto dominó” de la bondad

Hay un día en el calendario para celebrar precisamente esto: el Día de los Actos de Bondad inesperados, que se celebra cada 17 de febrero.

Sus orígenes se remontan a la escritora californiana Anne Herbert. En 1982, garabateó una frase en un mantel individual

que con el tiempo daría la vuelta al mundo: «Practica la bondad al azar y los actos de belleza sin sentido».

Esas pocas palabras dieron pie a un movimiento e incluso inspiraron un libro infantil años después. En 1995, se creó una fundación para animar a los activistas de Actos de Bondad Inesperados a difundir la bondad dondequiera que vayan.

La ciencia confirma ahora lo que la fe ha proclamado desde hace mucho tiempo: la bondad es poderosa. Es buena para el mundo y para nuestras almas. Cuando practicamos la bondad, algo ocurre en nuestro cuerpo. Se liberan hormonas como la oxitocina y las endorfinas: nos sentimos más felices, más tranquilos y más sanos. El estrés disminuye; incluso la presión arterial baja. Las personas que practican la bondad con regularidad tienden a vivir vidas más largas y saludables.

Es como si nuestro Creador hubiera creado nuestros cuerpos y nuestras almas para que prosperaran gracias al amor. Entonces, si la bondad es tan beneficiosa física, emocional y espiritualmente, ¿por qué limitarla a actos aleatorios y occasioales?

Dios siempre ha sabido lo que la investigación apenas ahora está descubriendo: que la bondad no es solo un buen hábito; es una forma de ser. Es un reflejo de quién es Dios.

Y en ninguna parte está esta verdad más clara que en las palabras de Jesús en Mateo 5 .

El Sermón del Monte: La bendición antes del mandato

Los versículos que escuchamos hoy provienen de lo que llamamos el Sermón del Monte de Jesús, uno de los pasajes más amados y, a la vez, más desafiantes de las Escrituras.

Antes de decir: «Ustedes son la sal de la tierra» o «Ustedes son la luz del mundo», Jesús bendice a sus oyentes. Dice: «Bienaventurados los pobres de espíritu... bienaventurados los misericordiosos... bienaventurados los pacificadores».

Jesús no empieza con exigencias. Empieza con bendiciones. Nos revela quiénes ya somos en él antes de decirnos cómo vivir. Así que, cuando Jesús dice: «Ustedes son la sal de la tierra... ustedes son la luz del mundo», no nos impone una carga. Nos revela una identidad.

Jesús describe lo que sucede cuando la vida divina —la vida del Dios trino— arraiga en el corazón humano. (Y «trino» simplemente significa tres en uno).

Sal y Luz: Ordinarias, Necesarias, Transformadoras

Jesús podría haber elegido casi cualquier imagen para describir a sus seguidores. No dijo: «Ustedes son el oro de la tierra» ni «las joyas del mundo». Dijo: «Ustedes son la sal» y «Ustedes son la luz».

Dos cosas cotidianas, pero ambas esenciales para la vida.

La sal conserva y realza el sabor. En la antigüedad, antes de la refrigeración, la sal era la única forma de evitar que los alimentos se pudrieran. También se utilizaba en los sacrificios del templo, señal de pureza y alianza. La sal era un bien preciado. En la antigüedad, también se utilizaba como moneda o dinero.

Ser sal, entonces, es llevar el poder preservador de la bondad de Dios a la corrupción del mundo, para sacar a relucir el verdadero sabor de la vida tal como Dios lo quiso.

La luz, por otro lado, revela y orienta. Sin luz, no podemos ver lo real. A lo largo de las Escrituras, la luz es una de las metáforas más consistentes de la presencia de Dios:

El Señor es mi luz y mi salvación; ¿a quién temeré? El Señor es el baluarte de mi vida; ¿quién me asustará?. [Salmo 27:1 NVI](#)

Tu palabra es una lámpara a mis pies; es una luz en mi sendero.

[Salmo 119:105 NVI](#)

En Jesús, esa metáfora se hace realidad: «**Yo soy la luz del mundo**», dice en [Juan 8:12](#).

Y luego, sorprendentemente, se vuelve a sus discípulos y dice: «**ustedes son la luz del mundo**». [Mateo 5:14-16](#)

¿Ves lo que está pasando aquí? La luz que pertenece a Dios ahora brilla a través de las vidas humanas. El resplandor divino reflejado en la creación, revelado en el Hijo encarnado, ahora continúa en quienes están unidos a él por el Espíritu.

Ésta es la vida trinitaria en movimiento :

- El Padre envía al Hijo.
- El Hijo resplandece con el amor divino.
- El Espíritu llena a la Iglesia para irradiar ese amor al mundo.

Así que, ser «sal» y «luz» no se trata de superación personal. Se trata de **participar**: de compartir la vida misma del Dios trino. Se trata de la **sorprendente luz de la bondad de Dios**.

La iniciativa de Dios: La luz dentro de nosotros no es nuestra

Es crucial ver que Jesús no manda a sus seguidores a convertirse en sal ni a esforzarse más por brillar.

Él declara: «Ustedes son». Esto no es una ilusión; es un pronunciamiento divino. Así como “Hágase la luz” trajo iluminación al universo, “Vosotros sois la luz del mundo” trae iluminación al alma humana.

La luz no se genera por sí sola. No es nuestra bondad, nuestro esfuerzo ni nuestra fuerza de voluntad. Es la **presencia de Cristo mismo**, la Luz del mundo, que vive en nosotros a través del Espíritu.

Dios no dice: “Esfuérzate más por ser bueno”. Él dice: “Estoy haciendo visible mi bondad en ti y a través de ti”.

Luego Jesús añade: «Dejen que su luz brille delante de los hombres, para que vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre que está en el cielo».

Nuestra bondad, nuestra compasión y nuestros actos de servicio apuntan más allá de nosotros mismos. Cuando amamos con generosidad, las personas vislumbran la Fuente.

Ven algo del corazón del Padre.

El corazón misional de la bondad

La bondad no es una virtud insignificante ni sentimental. Es una misión. Es una de las maneras en que Dios comunica su presencia al mundo.

En 1 Corintios 12:7 , Pablo dice: “A cada uno se le da una manifestación especial del Espíritu para el bien de los demás.”.

Todo creyente (no sólo pastores o misioneros) se convierte en un instrumento de la generosidad divina. ¿Y para qué sirve esa generosidad? Para el bien común.

Esto significa que la bondad, la compasión y la misericordia no son virtudes privadas; son **signos públicos del Reino**.

Cuando mostramos misericordia, anunciamos que el Dios que reina es misericordioso. Cuando perdonamos, revelamos que la economía del cielo se basa en la gracia, no en la venganza. Cuando servimos a los demás, encarnamos al Hijo que vino «no para ser servido, sino para servir».

Nuestras vidas se convierten en paráolas del amor divino.

La lección de Isaías: Cuando la religión olvida la bondad

El pueblo de Judá olvidó esto. En Isaías 58, ayunaban y oraban, cumpliendo sus rituales con precisión. Sin embargo, su sociedad estaba llena de conflictos e injusticias.

La respuesta de Dios es sorprendente:

“Ustedes sólo ayunan para pelear, reñir, y darse puñetazos a mansalva. Si quieren que el cielo atienda sus ruegos, ¡ayunen, pero no como ahora lo hacen!” **Isaías 58:4, 6-7**

Dios no rechaza las disciplinas espirituales; restaura su propósito. El ayuno, la oración y la adoración tienen como objetivo abrirnos los ojos a los demás, no cerrarnos a ellos.

Isaías continúa describiendo algo increíble:

“Entonces tu luz despuntará como el alba, y tu sanidad brotará con rapidez.” (versículo 8)

Cuando mostramos bondad, cuando practicamos la justicia y la compasión, la luz de Dios brilla a través de nosotros y la sanación llega tanto a los demás como a nosotros mismos. Incluso la ciencia moderna lo confirma una vez más: quien ofrece bondad, también experimenta renovación. El altruismo (o lo que podríamos llamar estar atento a los demás) se asocia con mayor bienestar, salud y longevidad .

Bondad: El desbordamiento de la Trinidad

¿Por qué la bondad sana? Porque nos conecta con la realidad de Dios. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una comunión eterna de amor abnegado. Desde la eternidad, se han entregado el uno al otro, no por necesidad, sino por alegría.

Cuando Dios creó el mundo, no se sentía solo; era generoso. La creación misma es un acto de bondad divina: un desbordamiento de amor.

La Encarnación continúa esa misma generosidad. En Jesucristo, el Verbo eterno se encarna, entrando en nuestra fragilidad no para condenar, sino para sanar. Toca a los leprosos, acoge a los marginados, come con los pecadores y bendice a los niños. Cada acto de Jesús en los Evangelios, cada curación, cada comida, cada palabra de compasión es una ventana al corazón de la Trinidad.

Cuando mostramos bondad, no sólo somos amables. Nos unimos a la danza del amor divino: participamos en la vida del Dios que se entrega por el mundo.

La rectitud re-imaginada

Mucha gente oye la palabra justicia y piensa en perfección moral o en el cumplimiento de la ley. Pero Jesús redefine la justicia como **una relación correcta** : *vivir en armonía con el amor de Dios.*

Cuando nos llama sal y luz, describe una justicia que se percibe y que brilla. No se trata de parecer santo, sino de revelar santidad a través de la relación.

Isaías le dice al pueblo de Dios: la santidad que ignora a los hambrientos y a los oprimidos es hueca.

Cuando la Iglesia vive de esta manera, tal como lo permite el Espíritu (cuando amamos a nuestro prójimo, servimos a nuestros enemigos y practicamos la misericordia) nos convertimos en un testimonio vivo de la bondad de Dios.

Reunamos estos hilos en dos lecciones de nuestros pasajes de hoy:

1. Una vida justa centra la atención en Dios, no en nosotros.

Jesús dice: «**Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben a su Padre que está en los cielos.**» ([versículo 16](#)). Cuando las personas experimentan nuestra bondad, ven a Dios con mayor claridad.

2. Una vida recta es relacional.

No se trata de aislarnos para mejorar; se trata de conectar con el mundo con amor. Isaías nos muestra que la verdadera espiritualidad siempre se dirige hacia los demás, especialmente hacia los necesitados.

Practiquemos la presencia de la bondad

Entonces, ¿cómo vivimos de esta manera? ¿Cómo mantenemos la conciencia de la luz de Dios en nosotros y la dejamos brillar? Aquí hay algunas invitaciones prácticas: no son reglas, sino ritmos de gracia. Son ritmos que pueden guiar a otros hacia la **sorprendente luz de la bondad de Dios.**

1. Pídele a Dios que te ayude a ver como Él ve.

La bondad suele empezar con la visión. Pasamos la vida tan deprisa que nos perdemos los rostros que tenemos delante. Pide al Espíritu que te ayude a ver al compañero de trabajo que se siente solo, al cajero cansado, al vecino que solo necesita que alguien lo escuche.

Oremos: «*Señor, ayúdame a ver a los demás como tú los ves.*».
Cuando empezamos a ver a las personas como imágenes de Dios, la bondad se vuelve algo natural.

2. Incorpora un plan a tu cronograma.

Estar ocupado es uno de los mayores enemigos de la bondad. Si planeas cada minuto de tu día, nunca tendrás tiempo para detenerte a ayudar a alguien que lo necesite. Intenta dejar algunos minutos sin programar: en el trayecto al trabajo, entre reuniones, en el supermercado. Te sorprenderá la frecuencia con la que Dios llena ese espacio con citas divinas.

3. Practica la bondad que preserva la dignidad.

La verdadera bondad nunca humilla. Restaura el valor. Hay una historia de una colección de Actos de Bondad Inesperados sobre una niña que cumplía los requisitos para recibir almuerzos gratuitos en la escuela. Cada día, cuando la maestra recogía el dinero para el almuerzo, los estudiantes que no podían pagar

tenían que gritar "¡Gratis!" delante de todos: una humillación diaria.

Como pueden imaginar, algunos estudiantes preferían no almorzar antes que afrontar esa vergüenza.

El conductor del autobús se dio cuenta. En lugar de darle dinero, le dijo que necesitaba su ayuda cada mañana para comprobar que todos los niños bajaran sanos y salvos, y le pagó por su "trabajo". Nunca más volvió a faltar al almuerzo. Así es la bondad divina: considerada, creativa y que preserva la dignidad.

4. Deja que tu bondad apunte más allá de ti.

Recuerda, Jesús dijo que el propósito de brillar es que otros "glorifiquen a tu Padre que está en el cielo". Cuando practicamos la bondad, no intentamos lucir bien; ayudamos a otros a vislumbrar la bondad de Dios.

La bondad como misión

En un mundo que premia la indignación y la competencia, la amabilidad es contracultural. No es casualidad, es revolucionaria. Cada acto de compasión se convierte en un acto de resistencia contra el mal y la desesperación. Cada gesto de gracia ahuyenta la oscuridad.

Jesús dice que somos la luz del mundo, no porque seamos perfectos, sino porque el mundo está oscuro y Dios brilla a través de nosotros. Este es el corazón de la misión.

La misión no es solo viajar al extranjero o predicar sermones. Es vivir de tal manera que el amor de Dios se haga visible en los

espacios cotidianos: lugares de trabajo, escuelas, vecindarios, mesas. Es vivir como ciudadanos del reino de Dios.

La Encarnación Continúa

La Encarnación (Dios haciéndose hombre en Jesús) no terminó en Belén ni en la Ascensión. Continúa en nosotros, el Cuerpo de Cristo.

Por medio del Espíritu, Dios se encarna en cada generación. Cuando ofrecemos una comida, una oración, una palabra de aliento, es Cristo mismo quien actúa en nosotros.

Santa Teresa de Ávila capturó esta verdad hermosamente: “Cristo no tiene cuerpo ahora en la tierra, excepto el tuyo; no tiene más manos que las tuyas, ni más pies que los tuyos. Tuyos son los ojos a través de los cuales la compasión de Cristo debe contemplar el mundo.”

Ese es el misterio del Evangelio. Cristo encarnado sigue vivo a través de su pueblo, irradiando la luz del amor del Padre en cada rincón de la creación.

Una comunidad radiante

Jesús no solo llama sal y luz a cada individuo; se dirige a toda la comunidad. «Una ciudad construida sobre un monte no se puede esconder». Juntos brillamos más.

La Iglesia está destinada a ser una ciudad de luz, una comunidad tan llena de gracia y generosidad que el mundo la contempla y ve el reflejo del cielo. Cuando nos reunimos para adorar, cuando oramos, servimos, perdonamos y nos regocijamos juntos, encarnamos una nueva humanidad: una que sabe a esperanza y brilla como el amor.

¡La Iglesia primitiva era conocida por su gran amor! Lo mismo puede decirse de nosotros.

Conclusión: La luz aún brilla

El mundo no necesita más ruido ni más inteligencia. Necesita luz. Y la buena noticia es que la luz ya está aquí.

El Padre envió al Hijo.

El Hijo derramó su Espíritu.

El Espíritu brilla a través de la Iglesia.

Somos la sal de la tierra.

Somos la luz del mundo.

No por nuestro esfuerzo, sino porque Dios vive en nosotros.

No para nuestra gloria, sino para la suya y para su reino.

Así que, esta semana, deja que tu bondad brille.

Pídele al Espíritu que te muestre esos pequeños momentos sagrados donde el amor de Dios puede abrirse paso: en la fila del supermercado, en un correo electrónico, en tu casa, en una conversación.

Porque al final, lo que Jesús les dijo a sus discípulos sigue siendo cierto para nosotros: “**Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben a su Padre que está en los cielos.**”.

Gracias, Dios, por la **sorprendente luz de tu bondad**. Amén.

Preguntas para conversar en grupos pequeños

1. ¿Cómo reflejan estas imágenes (sal y luz) lo que Dios ya ha hecho en Jesús, la verdadera Luz del mundo?
2. Jesús no dice “traten de ser luz”, sino “ustedes son la luz”.
¿Qué revela esto acerca de quiénes nos ha creado Dios para ser a través del Espíritu?
3. ¿Cómo podría el ver la bondad como algo que Dios hace a través de nosotros (en lugar de algo que realizamos nosotros) cambiar la forma en que vivimos y servimos a los demás?
4. ¿Dónde ves oportunidades para que el grupo o congregación encarne la bondad de Dios de maneras prácticas esta semana?

INICIO

Sermón del 15 de febrero de 2026 — Domingo de la Transfiguración

Recordatorio: El *Leccionario Común Revisado* nos lleva por la lectura de toda la Biblia en tres años. El siguiente párrafo de reflexión tiene como objetivo mostrar cómo se conectan las cuatro selecciones del *Leccionario Común Revisado* para esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No está previsto que se incluya en el sermón.

Reflexión: Hay momentos en los que Dios levanta el velo y nos permite ver lo que siempre ha estado allí. La transfiguración nos recuerda que Jesús es el punto de encuentro entre la gloria y la gracia, entre el cielo y la tierra. En la montaña, los discípulos contemplaron la luz divina que habitaba en Él; en el valle, fueron llamados a vivir confiando en esa misma luz. La voz del Padre sigue resonando hoy: “Este es mi Hijo amado... escúchenlo”. En medio del temor, la incertidumbre o la rutina cotidiana, Cristo se acerca, nos toca y nos levanta, invitándonos a no tener miedo. La gloria que brilló en la montaña no quedó allí: por el Espíritu, habita ahora en nosotros, para que nuestras vidas reflejen su luz y su amor en un mundo que anhela esperanza.

[Éxodo 24:12-18](#) • [Salmo 99:1-9](#) • [2 Pedro 1:16-21](#) • [Mateo 17:1-9](#)

Hoy es el Domingo de la Transfiguración, un momento que une la temporada de Epifanía y el camino hacia la Preparación para la Pascua. Nuestro tema esta semana es **brillar con la luz que da Jesús**. En Éxodo, Moisés asciende a la montaña hacia la nube de la gloria de Dios, donde recibe la palabra que dará forma a un pueblo. El salmista nos invita a admirar la majestad del Señor en el Salmo 99. En su segunda carta, Pedro testifica que la historia

de la gloria de Jesús en la montaña no es un mito. Fue una realidad que vio con sus propios ojos: una lámpara que brillaba en un lugar oscuro. Y en el Evangelio de Mateo, nos unimos a los discípulos en la montaña. Allí Jesús se transfigura, radiante de luz divina. La voz del Padre lo afirma: "**Este es mi Hijo amado... escúchenlo**". Estos textos nos recuerdan que encontrar la gloria de Cristo no es escapar del mundo. Es una llamada a volver a los valles de la vida, **brillando con la luz que da Jesús** y escuchando atentamente a Aquel que nos conduce a la misión de Dios.

Brillando con la luz que Jesús da **Mateo 17:1–9 NVI**

(Lee o pídele a alguien que lea el pasaje del sermón).

17 Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, el hermano de Santiago, y los llevó aparte, a una montaña alta. 2 Allí se transfiguró en presencia de ellos; su rostro resplandeció como el sol y su ropa se volvió blanca como la luz. 3 En esto, se aparecieron Moisés y Elías conversando con Jesús. 4 Pedro dijo a Jesús: —Señor, ¡qué bien que estemos aquí! Si quieres, levantaré tres albergues: uno para ti, otro para Moisés y otro para Elías. 5 Mientras estaba aún hablando, apareció una nube luminosa que los envolvió y de la cual salió una voz que dijo: «Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él. ¡Escúchenlo!». 6 Al oír esto, los discípulos se postraron sobre su rostro, aterrorizados. 7 Pero Jesús se acercó a ellos y los tocó. —Levántense —dijo—. No tengan miedo. 8 Cuando alzaron la vista, no vieron a nadie más que a Jesús. 9 Mientras bajaban de la montaña, Jesús les encargó: —No cuenten a nadie lo que han

visto hasta que el Hijo del hombre se levante de entre los muertos.



Introducción: La belleza de los opuestos

¿A cuántos les gustan las montañas rusas? (Quizás puedas compartir una anécdota personal sobre algo que te guste, que dé miedo, pero que también sea divertido. Eres libre de usar un ejemplo diferente a las montañas rusas.

Las actividades populares que infunden miedo incluyen el paracaidismo, saltar del bungee o deportes extremos). ¿Por qué pensamos que una actividad que nos da miedo también es divertida? Tener miedo parece lo contrario de la diversión: es una paradoja.

Vivir una vida de fe puede implicar aceptar la paradoja. Una paradoja es una idea o afirmación que parece errónea o imposible, pero que, tras una reflexión más profunda, cobra sentido. Se trata de dos cosas o cualidades aparentemente opuestas que, en realidad, pueden ser ciertas al mismo tiempo. Como un pasatiempo aterrador pero divertido.

O como creen los cristianos, hay que perder la vida para encontrarla.

Vivimos rodeados de estas tensiones: palabras y experiencias que contienen ambas caras de una verdad a la vez. La vida está llena de estos momentos que presentan los opuestos en una misma situación.

Y quizás por eso la Transfiguración de Jesús, la historia que leemos en Mateo 17, es tan impactante. Porque aquí, en la cima de una montaña, el cielo y la tierra, lo humano y lo divino, el temor y la gloria, se unen en una visión sobrecogedora.

En Jesús todos los opuestos se mantienen unidos en perfecta unidad.

La historia que sucede en el monte

Mateo nos dice:

Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los llevó solos a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se volvieron resplandecientes como la luz.

Intenta imaginar ese momento. El rostro polvoriento y familiar de Jesús (con el que habían comido, reído y caminado kilómetros), de repente radiante de luz divina.

No era que un foco lo iluminara. La luz brillaba desde su interior. Era su propia gloria, su propia vida divina irrumpiendo a través de su humanidad.

Esto es lo que los teólogos llaman teofanía: una manifestación visible de Dios. Y es lo que los cristianos llaman la **Transfiguración**. Esta palabra en griego es *metamorphoo*, de donde proviene nuestra palabra metamorfosis.

Significa transformación, pero no solo un cambio superficial. Es la revelación de lo que siempre ha sido cierto bajo la superficie. La Transfiguración es la revelación de la identidad divina de Jesús.

Por un instante, el velo entre el cielo y la tierra se descorrió. Los discípulos vieron a Jesús como realmente es: el Hijo eterno de Dios, radiante con la gloria del Padre y lleno de la luz del Espíritu. No se trata de que Jesús se convierta en algo nuevo. Se trata de que Jesús revela lo que ha sido verdad desde la eternidad.

La Gloria Trina Revelada

Y entonces ocurre algo aún más misterioso. «De repente se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él».

Moisés y Elías fueron dos figuras muy importantes de la historia de Israel. Dios eligió a Moisés para dirigir la nación de Israel y le dio al pueblo las reglas que llamamos los Diez Mandamientos. Dios le dio los Diez Mandamientos a Moisés para que los transmitiera a Israel, por lo que se le considera el gran legislador. Elías era un profeta, y un profeta era una persona elegida por Dios para transmitir sus mensajes al pueblo. Estos mensajes a menudo instaron a la gente a dejar de pecar.

Así, Moisés y Elías aparecen con Jesús: uno representa la ley del pacto de Dios, el otro la promesa profética de Dios.

Están junto a Jesús, y en ese momento los discípulos vislumbran algo extraordinario. Toda la historia de Israel, todo el anhelo humano y toda la promesa divina convergen en Jesús. La Ley y los Profetas (dos vertientes de la revelación de Dios) encuentran su cumplimiento en una sola persona.

Y entonces, como para sellarlo todo, una nube brillante los envuelve. Es señal de la presencia del Espíritu, un eco de la nube

que guió a Israel en el desierto, la misma gloria que llenó el tabernáculo y más tarde el templo.

Y desde esa nube, la voz del Padre habla: «Este es mi Hijo, el Amado; en él me complazco. ¡Escúchenlo!»

El Hijo sube a una montaña alta, el Espíritu aparece como una nube, el Padre habla. Toda la **Trinidad** está presente y activa en este momento de revelación.

La voz del Padre.

El resplandor del Hijo.

La nube de gloria del Espíritu.

La Transfiguración no es sólo un milagro; es una ventana a la comunión eterna de la propia vida de Dios.

Lo que vieron los discípulos y lo que vemos nosotros

Pedro, Santiago y Juan apenas lo asimilan. Pedro, siempre el primero en hablar, dice: «Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, levantaré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

Es casi entrañable. Pedro quiere aferrarse al momento, congelarlo, hacerlo perdurar. Pero lo malinterpreta.

Ve tres grandes figuras (Moisés, Elías y Jesús) y quiere honrarlos a los tres. Pero la voz del cielo lo interrumpe, como diciendo: «No, Pedro. Tres no. Uno solo».

“Éste es mi Hijo amado... escuchadlo.”

Jesús no es un maestro entre muchos, ni un profeta entre sus iguales. Él es aquel en quien todos los demás encuentran su significado. Cuando los discípulos finalmente alzan la vista, **no ven a nadie más que a Jesús.**

Cuando la luz radiante se desvanece, cuando la nube de gloria se disipa, cuando la confusión se asienta, solo ven a Jesús. Él es suficiente.

¿Qué significa la transfiguración para nosotros?

Ahora bien, ¿qué significa esta visión para nosotros hoy?

¿Por qué aparece esta extraña y luminosa historia justo antes de que Jesús se dirija hacia Jerusalén y la cruz? Podemos entenderla como **un anticipo de la resurrección**, una revelación antes del camino del sufrimiento.

Veamos qué aprendemos a través de este momento en el monte.

La plenitud viene a través de la transformación de Jesús, no de la nuestra.

La palabra *metamorfosis* nos recuerda que lo que le sucede a Jesús también nos sucede a nosotros a través de él. La misma luz divina que irradia Cristo es la luz que nos transforma. Pablo usa la misma palabra en [Romanos 12:2 NVI](#): «Transfórmense [sean transformados] (*metamorphoo*) mediante la renovación de su mente».

Pablo no nos dice que **nos** transformemos . Describe lo que sucede cuando el Espíritu nos renueva por dentro, cuando **brillamos con la luz que Jesús nos da.**

En Jesús, Dios ya realizó la obra transformadora. La Transfiguración no se trata solo de la gloria de Cristo; es una promesa de nuestra participación en esa gloria.

La humanidad que Jesús asumió (nuestra humanidad) se está completando, sanando y renovando en él. La plenitud no es algo que construimos; es algo que recibimos.

En Jesús, los fragmentos de nuestra vida se reúnen y se recomponen. Nuestras fortalezas y debilidades, nuestras alegrías y tristezas, nuestras victorias y fracasos se recomponen en Cristo.

La transfiguración revela que la muerte no tiene poder final. Los discípulos no lo comprendieron del todo en aquel momento, pero la visión que tuvieron ese día se convertiría en un ancla para su fe. Cuando más tarde presenciaron el sufrimiento y la muerte de Jesús, pudieron recordar: Vimos su gloria. Sabemos quién es realmente.

La Transfiguración prefigura la resurrección. Nos muestra que la luz de la vida de Dios no se extingue con la muerte, sino que brilla a través de ella. Aquel que resplandeció en el monte es el mismo que brillará fuera del sepulcro vacío.

Jesús les dijo: «No le cuenten a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos».

Solo después de la resurrección comprenderán verdaderamente lo que han visto. La luz de la vida no puede ser contenida por la muerte, y en él, la muerte tampoco puede contenernos.

Esta es nuestra esperanza. La muerte, el fracaso, el mal y el miedo no tienen la última palabra; el amor transformador de Dios sí la tiene.

En Jesús, los opuestos se mantienen unidos en la totalidad.

La Transfiguración es una historia de contrastes reconciliados:

- **Lo humano y lo divino** se encuentran en una sola persona.
- **La tierra y el cielo** convergen en una montaña.
- **La Ley y los Profetas** encuentran unidad en un solo Señor.
- **Desconcierto y consuelo** coexisten en un solo toque.

Pedro, Santiago y Juan caen boca abajo por el miedo, pero Jesús se acerca, los toca y les dice: «Levántense. No tengan miedo».

En Jesús, la majestad y la misericordia nunca se oponen. El Dios infinito se inclina para extender su mano sobre los discípulos temblorosos. Aquel que brilla como el sol también se inclina con ternura. Esta es la paradoja central del evangelio: el mismo Dios que gobierna el universo también lava los pies. La misma gloria que ciega los cielos también consuela a los temerosos.

Así, la Transfiguración nos enseña a mantener unidos los opuestos. Nos enseña a ver la fuerza en la dulzura, el poder en la humildad y la luz en medio de la sombra.

Dios todavía habla, escúchalo.

El mandato del Padre: «Escúchenlo» no es solo para Pedro, Santiago y Juan, sino también para nosotros. Vivimos en un mundo de ruido: un sinfín de voces, opiniones y distracciones. Pero en el monte, Dios reduce el campo de acción.

“Escúchenlo.”

No a la ansiedad del mundo. No a nuestro propio miedo. No a los viejos guiones de vergüenza o incompetencia.

“Escuchen a mi Hijo.”

Cuando escuchamos a Jesús, no oímos condenación, sino compasión. No oímos exigencias, sino invitación. Esa voz trae paz a nuestro caos y unidad a nuestro ser dividido.

Aplicación: Vivir vidas transfiguradas

Entonces, ¿cómo vivimos a la luz de esta revelación? ¿Cómo trasladamos la visión de la cima de la montaña al valle de la vida cotidiana? Dibujemos tres invitaciones sencillas.

1. Entiende que eres un trabajo en progreso

La transformación lleva tiempo. Los hábitos, emociones o patrones negativos no nos descalifican del amor de Dios; son precisamente donde su gracia transformadora obra. Podemos reconocer nuestras luchas con honestidad sin perder la esperanza. Jesús no brilló porque escapó de la humanidad; brilló a través de ella. De la misma manera, la luz de Dios nos encuentra no en nuestra perfección, sino en nuestro proceso.

Así que, cuando fracases, no desesperes. Cuando viejas heridas resurjan, no te escondas. Sácalas a la luz. Nada puede separarte del amor de Cristo. Nada.

2. Cree que el deleite de Dios te incluye

En la Transfiguración, el Padre declara: «Éste es mi Hijo amado; en él tengo complacencia».

Esas palabras se dirigen a Jesús, pero como estamos incluidos en él, también se dirigen a nosotros. El placer de Dios no es algo que ganamos; es algo que compartimos.

A través de Cristo, el Padre nos mira y nos dice: «Eres mi hijo amado. En ti tengo complacencia». Vivir en esa verdad es liberarse de la búsqueda incesante de aprobación.

También cambia nuestra forma de ver a los demás. Si Dios se deleita en ellos, ¿cómo no hacerlo nosotros? Así, nos convertimos

en personas que ofrecen gracia en lugar de rencor, que perdonan con prontitud, que ven a los demás no como problemas que resolver, sino como personas a quienes amar.

3. Sé rápido para consolar a los temerosos

Cuando los discípulos caen al suelo aterrorizados, Jesús no los regaña; los toca. «Levántense. No tengan miedo».

Qué imagen de compasión divina. El mismo Jesús que brilla con luz increada extiende la mano con manos humanas. La misma voz que domina el viento susurra consuelo a los corazones temblorosos.

Estamos llamados a hacer lo mismo: a ser personas que ofrecen una mano firme a quienes se sienten abrumados por la vida. No con clichés, sino con presencia. No para solucionar el problema, sino para recordarles que no están solos.

El Espíritu, llamado el Consolador, ahora vive en nosotros para continuar este ministerio a través de nosotros. Cada vez que consolamos a alguien que sufre, el toque de Jesús llega a través de nosotros.

La visión transfigurada de la totalidad

En el corazón de la Transfiguración hay una promesa: que todas las partes fragmentadas y divididas de nuestras vidas están siendo reunidas en unidad en Cristo.

Él es el lugar de encuentro de los opuestos: la verdadera y final integración del cielo y la tierra, Dios y la humanidad, la gloria y la humildad.

Y porque él ha incorporado nuestra humanidad a su divinidad, nada en nosotros se desperdicia. Incluso nuestras contradicciones, nuestras tensiones, nuestras aristas inacabadas, todo puede transfigurarse en belleza. En Cristo, los opuestos no se anulan entre sí; se redimen y se armonizan en el amor divino.

Conclusión: Ver a Jesús solo

Cuando los discípulos abrieron los ojos después de que la nube se disipó, no vieron a nadie más que a Jesús. Esa es la visión que también necesitamos. No a Moisés, ni a Elías, ni las voces contrapuestas de la ley, el cumplimiento o el miedo, sino solo a Jesús.

La gloria divina todopoderosa y la gracia sanadora y misericordiosa no son opuestas: son una y la misma en el rostro radiante de Cristo.

Y la voz que habló desde la nube aún nos habla: «Este es mi Hijo amado; en él me complazco. Escúchenlo».

Escucha: las palabras de Jesús nos transforman.

Mira: Jesús nos muestra quiénes somos realmente en él.

Levántate: Jesús está con nosotros y no tenemos por qué temer. Porque la luz que brilló en la montaña brilla en nuestros corazones, revelando la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo. Que **brillemos con la luz que Jesús nos da**. Amén.

Preguntas para conversar en grupos pequeños

1. ¿La historia de la Transfiguración influye en cómo vemos a Jesús no sólo como plenamente humano sino también como plenamente divino? (la imagen visible del Dios invisible)

¿En qué se diferencia nuestra transformación en Cristo (nuestra metamorfosis) de la superación personal o la fuerza de voluntad?

2. ¿Qué significa para ti “escuchar” al Hijo?
3. ¿Cómo podría ser diferente nuestra congregación si viviéramos desde esta profunda conciencia de estar escondidos en el Amado, de ser amados y aceptados por Dios?

INICIO

Sermón del 22 de febrero de 2026 — Primer Domingo de Preparación para la Pascua

Recordatorio: El *Leccionario Común Revisado* nos lleva por la lectura de toda la Biblia en tres años. El siguiente párrafo de reflexión tiene como objetivo mostrar cómo se conectan las cuatro selecciones del *Leccionario Común Revisado* para esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No está previsto que se incluya en el sermón.

Reflexión: El desierto no es un lugar de castigo, sino de encuentro y transformación. Allí, donde el ruido se apaga y las seguridades humanas se desmoronan, Dios forma el corazón y afirma nuestra identidad. Jesús, guiado por el Espíritu, enfrentó la tentación no desde el poder, sino desde la confianza; no desde la autosuficiencia, sino desde la obediencia. En el silencio y la escasez, eligió vivir sostenido por la Palabra del Padre. También nosotros atravesamos desiertos, no para ser abandonados, sino para aprender a depender más profundamente de Dios. En este tiempo de preparación, somos invitados a permitir que nuestra hambre se transforme en fe, nuestra fragilidad en apertura, y nuestro vacío en espacio para la gracia que renueva y sostiene la vida.

[Génesis 2:15–17 ; 3:1–7](#) • [Salmo 32:1–11](#) • [Romanos 5:12–19](#) • [Mateo 4:1–11](#)

Hoy es el Primer Domingo de Preparación para la Pascua, un tiempo de reflexión, arrepentimiento y renovación. Nuestro tema esta semana es **el amor en el desierto**. En el Génesis, recordamos cuando Adán y Eva fueron tentados en el jardín. Eligieron la desconfianza en lugar de la confianza, representando un mundo marcado por la desolación y el

ocultamiento. Sin embargo, el Salmo 32 canta sobre otro camino: la alegría de la confesión y la liberación del perdón. En su carta a los Romanos, Pablo contrasta a Adán y Cristo: por uno vinieron el pecado y la muerte, pero por el otro la justicia y la vida para todos. Y en el Evangelio de Mateo, caminamos con Jesús hacia el desierto. Allí enfrenta la tentación de frente, no con poder ni orgullo, sino con la confianza en el Padre y la fidelidad a la palabra de Dios. Estas lecturas nos recuerdan que la Preparación para la Pascua no se trata de autocastigo. La Preparación para la Pascua puede verse como un regreso al desierto con Jesús. No resistimos al mal solos, sino con la fuerza de su gracia, y caminamos con él hacia la vida que él nos da gratuitamente.

Amor en el desierto

Mateo 4:1-11 NVI

(Lee o pídele a alguien que lea el pasaje del sermón).

Tentación de Jesús 4 Luego el Espíritu llevó a Jesús al desierto para ser tentado por el diablo. 2 Después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. 3 El tentador se acercó y le propuso: —Si eres el Hijo de Dios, ordena a estas piedras que se conviertan en pan. 4 Jesús respondió: —Escrito está: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. 5 Luego el diablo lo llevó a la ciudad santa e hizo que se pusiera de pie sobre la parte más alta del Templo 6 y le dijo: —Si eres el Hijo de Dios, tírate abajo. Pues escrito está: »“Ordenará que sus ángeles te protejan y ellos te sostendrán en sus manos para que no tropieces con piedra alguna”». 7 —También está escrito: “No pongas a prueba al Señor tu Dios” —contestó Jesús. 8 De nuevo el diablo lo llevó a una montaña muy alta. Allí le mostró todos los reinos del mundo y su esplendor. 9 Y le dijo:

—Todo esto te daré si te postras y me adoras. 10 —¡Vete, Satanás! —dijo Jesús—. Porque escrito está: “Adora al Señor tu Dios y sírvele solamente a él”. 11 Entonces el diablo lo dejó y ángeles acudieron a servirle.



Introducción: Amor y malentendidos

En una película antigua de 1970 titulada *Love Story* (Historia de amor) hay una frase famosa: «*Amar significa nunca tener que pedir perdón*».

Ahora bien, cualquiera que haya amado, ya sea románticamente o no, sabe que eso no es cierto. El amor verdadero implica decir "lo siento" con frecuencia. Significa humildad, perdón y volver a empezar.

Esa frase de "Love Story" puede sonar romántica. Pero en realidad capta algo importante sobre la facilidad con la que malinterpretamos el amor. A menudo pensamos en el amor como un sentimiento o una transacción: algo que ganamos, merecemos o mantenemos con nuestro comportamiento. Y a veces traemos esos mismos malentendidos a nuestra relación con Dios.

Preparación para la Pascua y amor

Hoy es el primer domingo de Preparación para la Pascua, un período de 40 días. Esta temporada comienza con el Primer día de preparación y nos conduce hacia la cruz y la resurrección. Para muchos, la Preparación para la Pascua se asocia con renunciar a cosas: ayunar, abstenerse o "prescindir". Algunos ayunan de azúcar, redes sociales o carne. Otros añaden prácticas como la oración o actos de servicio.

Esas prácticas pueden ser buenas, pero la Preparación para la Pascua no se trata de ganarnos la aprobación de Dios ni de demostrar nuestra devoción. No se trata de castigarnos por nuestros pecados ni de intentar pagarle a Dios por el sufrimiento de Jesús.

La Preparación para la Pascua se trata de recordar **quién es Dios y quiénes somos nosotros en Dios**. Se trata de volver al amor: el amor divino, no el amor sentimental.

Los cuarenta días de Preparación para la Pascua recuerdan los cuarenta días que Jesús pasó en el desierto. Así como Israel vagó por el desierto durante cuarenta años, Jesús entra en él. Entra para enfrentar lo que la humanidad siempre ha enfrentado: tentación, lucha y pruebas.

Pero esta no es una historia de fuerza de voluntad ni de heroísmo moral. Se trata de **la fidelidad de Dios revelada en la humanidad de Jesús**.

La Escena: Guiados por el Espíritu

Mateo comienza: "Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo".

Nota: Es el Espíritu quien conduce a Jesús al desierto. Esto significa que el desierto para Jesús no fue un error ni un desvío. Era parte del plan redentor de Dios. El mismo Espíritu que descendió como paloma en el bautismo de Jesús ahora lo conduce a un lugar de hambre y desolación.

La voz del Padre acababa de tronar en el Jordán: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». Y ahora ese Hijo amado camina hacia la soledad, el silencio y la prueba.

¿Por qué? Porque así es como se manifiesta el amor divino cuando penetra plenamente en nuestra humanidad.

El Hijo encarnado, fortalecido por el Espíritu, va al desierto no para demostrar su amor al Padre, sino para revelarnos el amor del Padre.

El desierto como lugar de encuentro

En las Escrituras, el desierto nunca es sólo un telón de fondo; es un lugar donde los límites entre el cielo y la tierra se difuminan.

- Israel se encontró con Dios en el desierto.
- Moisés escuchó el nombre de Dios desde una zarza ardiente en el desierto.
- Elías escuchó el susurro de Dios allí después de la tormenta.

El desierto puede considerarse una metáfora de un lugar o una condición donde todo lo demás desaparece, como el éxito, la distracción, la comodidad y el ruido. Y nos encontramos cara a cara con el Dios vivo.

Cuando Jesús entra en el desierto mismo, entra en la condición humana en su forma más vulnerable: hambriento, solo y tentado. Y, sin embargo, incluso aquí, la presencia de Dios no está ausente. El Espíritu está con él. Las palabras de amor del Padre aún resuenan en su corazón.

Tres tentaciones, tres mentiras sobre el amor

Mateo nos dice que, tras cuarenta días de ayuno, Jesús tiene hambre, está muerto de hambre. Y es entonces cuando aparece el tentador. El diablo no empieza con algo obviamente malo. Empieza con algo que parece razonable: «Si eres Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en panes».

Cada tentación comienza con esa misma frase: “Si eres Hijo de Dios”. En otras palabras: “Pruébalo”.

Satanás no solo desafía el hambre de Jesús, sino también su identidad. Ataca la relación entre el Padre y el Hijo, la misma relación que define nuestras vidas.

En esencia, cada tentación distorsiona el significado del amor.

1. El amor como autosuficiencia: “Convierte estas piedras en pan”.

La primera tentación es actuar independientemente: satisfacer nuestras propias necesidades al margen de la provisión del Padre.

La lógica de Satanás es simple: Si de verdad eres amado, ¿por qué tienes hambre? Si de verdad eres el Hijo de Dios, toma las riendas del asunto. Arréglalo tú mismo.

¿Te suena familiar? Nos enfrentamos a esta tentación cada vez que creemos que ser amados por Dios significa que nunca enfrentaremos necesidades, retrasos ni incomodidades.

Jesús responde: «Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.»

Cita Deuteronomio 8 , donde Moisés le recuerda a Israel que Dios los alimentó con maná en el desierto para que aprendieran a confiar en él. Cuando la nación de Israel vagaba por el desierto, el alimento escaseaba, pero cada mañana se

despertaban y encontraban una sustancia dulce y hojaldrada que podían comer. Lo llamaban «maná», pan del cielo. Jesús se niega a convertir las piedras en pan porque sabe que su hambre no significa que Dios lo haya abandonado. Dios nunca nos dejará ni nos abandonará, y Jesús confiaba en ello.

2. El amor como manipulación: “Tírate abajo”.

Luego, el diablo lleva a Jesús a la cima del templo y cita las Escrituras, distorsionando el Salmo 91 : «Él ordenará a sus ángeles que te acerquen... En sus manos te sostendrán».

La tentación esta vez es sutil: obligar a Dios a demostrar su amor. Obligarlo a actuar. Saltar a ver si te atrapa.

Esto es manipulación. La idea de que las relaciones dependen del desempeño propio es manipulación. Es manipulación exigir que se demuestre amor bajo nuestras condiciones.

Pero Jesús se niega. «También está escrito: “No tentarás al Señor tu Dios”».

El amor de Jesús por el Padre se basa en quién es el Padre. Su relación es de adoración, no de negociación. Jesús no necesitó exigir pruebas. El amor se basa en la confianza. Jesús demostró que el amor no es coercitivo. Dios no nos obliga; Dios desea una relación de amor y confianza.

3. El amor como transacción: “Todo esto te daré”.

Finalmente, el diablo muestra a Jesús “todos los reinos del mundo y su gloria” y los ofrece a cambio de adoración.

Aquí el amor se reduce a un trato: te doy esto si me das aquello. Es la lógica del mercado, no la del cielo. Es lo que impulsa gran parte de la vida humana: te amaré si satisfaces mis necesidades, si me haces feliz, si me das lo que quiero. Pero el amor de Dios no opera por intercambios ni recompensas. Es don, gracia y abundancia.

Jesús dice: "¡Vete, Satanás! Porque escrito está: 'Adora al Señor tu Dios y sírvele solo a él'".

El amor entre el Padre y el Hijo no es una transacción. Jesús nos demuestra que el amor que el Padre tiene por nosotros, sus hijos, tampoco es una transacción.

Jesús: La fidelidad de Dios en la carne

En cada tentación, Jesús resiste no con mera fuerza de voluntad, sino permaneciendo arraigado en el amor del Padre y en la presencia del Espíritu.

La Encarnación significa que Dios no solo nos dice cómo vivir fielmente; vive fielmente por nosotros, como uno de nosotros. Jesús no es solo nuestro ejemplo en el desierto; es nuestro representante.

Donde Israel fracasó, Jesús triunfa.

Donde Adán cayó, Jesús se mantiene firme.

Donde el diablo siembra la duda, Jesús confía.

Él encarna lo que significa para un ser humano vivir en plena dependencia de Dios.

En su victoria, vemos la fidelidad del Dios trino en acción (trino significa que consiste en tres en uno) —

- **El Padre** cuya voz ya ha declarado el amor,

- **El Hijo** que vive de ese amor,
- **El Espíritu** que sostiene ese amor en el desierto.

La historia de la tentación no se trata solo de resistir el mal. Se trata de revelar el amor: el amor divino que nunca abandona ni coacciona, y el amor que no es una transacción.

El desierto no terminó para Jesús al dejarlo. Como metáfora, lo acompañó durante todo su ministerio. Jesús enfrentó el desierto con rechazo, incomprendición, sufrimiento y, finalmente, la cruz. Sin embargo, a pesar de todo, permaneció anclado en el amor. Nosotros también tenemos nuestros desiertos: épocas de escasez, confusión o dolor. Momentos en los que Dios guarda silencio y la tentación nos susurra: «Estás solo. No puedes confiar en este amor». Pero el desierto también puede ser un lugar de transformación. Despoja de ilusiones y nos enseña a depender de la Palabra que nos sostiene.

Estas tentaciones siguen vigentes hoy. Podemos caer en la tentación de creer que Dios no es confiable. Quizás nos abandone.

Pero Jesús revierte esas mentiras. Su victoria en el desierto no es solo un triunfo moral, sino una revelación divina. Indica cómo somos salvos. Jesús se hizo hombre y sanó nuestra humanidad. Estamos en Jesús, y Jesús venció la tentación por nosotros. Compartimos la confianza perfecta de Jesús en su Padre.

La ministración de Ángeles

Mateo cierra el relato con una frase tranquila y hermosa: “Entonces el diablo lo dejó, y de repente vinieron ángeles y lo ministraron/sirvieron”.

Observa la ternura del amor divino. El Padre no deja morir de hambre a su Hijo. En el momento oportuno, llega la ayuda. El mismo Dios que permitió la prueba también brinda consuelo. Los ángeles que ministran a Jesús representan el ministerio continuo del Espíritu en nosotros. La presencia de Dios atiende nuestra debilidad y nos nutre. El amor de Dios tiene la última palabra.

Unas palabras finales sobre la Preparación para la Pascua

Mientras transitamos esta temporada, recordemos: la Preparación para la Pascua no se trata de demostrar nuestra devoción, sino de participar en la dependencia de Jesús del Padre.

Cuando ayunamos, no es un castigo; es una oportunidad.

Cuando oramos, no es una actuación; es presencia.

Cuando damos, no es una transacción; es compartir la generosidad de Dios.

La Preparación para la Pascua no se trata de decir "lo siento" suficientes veces para merecer el perdón. Se trata de recordar que el perdón ya es nuestro y dejar que ese perdón nos transforme en personas de amor.

La historia de los cuarenta días de Jesús no es solo su historia, es la nuestra. Es la historia de un amor que nunca nos abandonará. Es una historia de **amor en el desierto**.

El amor encarnado que nos transforma

La historia de la tentación de Jesús nos muestra la Trinidad en movimiento.

- **El amor del Padre**, ya declarado
- **La presencia del Espíritu**, guiando y sosteniendo
- **La fidelidad del Hijo**, haciéndonos partícipes de su confianza

Esta no es una historia de una lucha de poder, sino una revelación de una relación.

Jesús no vence al diablo con rayos divinos, sino con la obediencia humana arraigada en el amor divino. Enfrenta la tentación no como un superhéroe, sino como uno de nosotros, demostrando que el amor de Dios puede vivirse en carne humana.

Éste es el corazón de la Encarnación: Dios con nosotros, Dios por nosotros, Dios dentro de nosotros.

Y porque Cristo enfrentó la tentación y triunfó en el amor, nuestros desiertos, nuestras hambres, nuestras dudas y nuestras pruebas, también pueden convertirse en lugares de gracia.

Conclusión: El amor que no puede ser tentado

En esta historia vemos cuán fiel es el amor de Dios. Satanás se va, derrotado. Llegan los ángeles. El amor permanece.

En el desierto de la Preparación para la Pascua y en los desiertos de nuestra propia vida, podemos confiar en ese mismo amor. El amor del Padre es un amor que ni el hambre ni la duda, ni las pruebas ni las tribulaciones, pueden arrebatar. No hay nada más fuerte que el **amor de la Trinidad en el desierto**.

Porque aquel que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado, ahora vive en nosotros y nos ama a través de

nosotros. Así que, cuando te sientas vacío, recuerda: Un Dios confiable te sostiene.

Y eres lo suficientemente amado como para dar amor. Eres libre de dar amor sin miedo a quedarte sin él. Busca maneras de servir, bendecir y animar a los demás. El amor divino siempre fluye hacia afuera, siempre rebosa. ¿Cómo podemos vivir con generosidad esta semana?

La generosidad amorosa de Dios ya ha dicho: “Eres mío”. Ese amor (probado, comprobado y fiel) nunca te fallará.

Jesús, que sintamos tu **amor en el desierto**. Amén.

Preguntas para conversar en grupos pequeños

1. ¿Qué revelan las respuestas de Jesús a Satanás acerca de su relación con el Padre?
2. ¿Qué consuelo, si es que hay alguno, obtienes de saber que Jesús venció las tentaciones de Satanás?
3. ¿Alguna vez has ayunado? ¿Cómo te fue?
4. ¿Qué pasaría si viviéramos como si fuéramos lo suficientemente amados como para dar amor? ¿Cómo se vería eso en nuestra comunidad?

INICIO

